



# PARA HABLAR DE LA SOCIEDAD

la sociología no basta

howard becker

## **sociología y política**

# PARA HABLAR DE LA SOCIEDAD

la sociología no basta

howard becker

traducción de hugo salas

**siglo xxi editores, méxico**

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310 MÉXICO, DF  
www.sigloxxieditores.com.mx

**siglo xxi editores, argentina**

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA  
www.sigloxxieditores.com.ar

**anthropos**

LEPANT 241, 243 08013 BARCELONA, ESPAÑA  
www.anthropos-editorial.com

---

---

Becker, Howard

Para hablar de la sociedad: La Sociología no basta.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2015.  
336 p.; 23x16 cm.- (Sociología y política)

Traducido por: Hugo Salas // ISBN 978-987-629-527-7

1. Sociología. I. Hugo Salas, trad. II. Título  
CDD 301

---

Título original: *Telling About Society* (Licensed by The University of Chicago Press, Chicago, Illinois, U.S.A.)

© 2007, The University of Chicago. All rights reserved

© 2015, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Diseño de cubierta: Eugenia Lardiés

Fotografía de cubierta: *New York City*, 1962 © Joel Meyerowitz

ISBN 978-987-629-527-7

Impreso en Altuna Impresores // Doblas 1968, Buenos Aires,  
en el mes de abril de 2015

Hecho el depósito que marca la Ley 11 723  
Impreso en Argentina // Made in Argentina

# Índice

<b>Prefacio</b>	<b>9</b>
<b>Agradecimientos</b>	<b>15</b>

## PARTE I

### IDEAS

<b>1. Representar la sociedad</b>	<b>19</b>
<b>2. Las representaciones de la sociedad como productos organizacionales</b>	<b>33</b>
<b>3. ¿Quién hace qué?</b>	<b>49</b>
<b>4. El trabajo de los usuarios</b>	<b>73</b>
<b>5. La estandarización y la innovación</b>	<b>91</b>
<b>6. Sintetizar los detalles</b>	<b>113</b>
<b>7. La estética de la realidad: ¿por qué creemos en ella?</b>	<b>131</b>
<b>8. El aspecto moral de las representaciones</b>	<b>151</b>

## PARTE II

### EJEMPLOS

<b>9. Las parábolas, los tipos ideales y los modelos matemáticos</b>	<b>173</b>
<b>10. Los gráficos: pensar con dibujos</b>	<b>193</b>
<b>11. La sociología visual, la fotografía documental y el fotoperiodismo</b>	<b>215</b>
<b>12. El teatro y la pluralidad de voces: Shaw, Churchill y Shawn</b>	<b>235</b>
<b>13. Goffman, el lenguaje y la estrategia comparativa</b>	<b>255</b>
<b>14. Jane Austen: la novela como análisis social</b>	<b>271</b>

<b>15. Los experimentos de Georges Perec con la descripción social</b>	<b>285</b>
<b>16. Italo Calvino, urbanista</b>	<b>303</b>
<b>Y por último...</b>	<b>319</b>
<b>Índice de imágenes y gráficos</b>	<b>323</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>325</b>

PARTE I  
**Ideas**

## 1. Representar la sociedad

Hace muchos años que vivo en San Francisco, en los bajos de Russian Hill o en los altos de North Beach (según el interlocutor al que intente impresionar con la descripción). Mi casa está próxima al barrio Fisherman's Wharf, sobre el camino que muchas personas transitan para regresar de esta atracción turística a sus hospedajes en el centro o en los alineados sobre la calle Lombard. A través de mi ventana, suelo ver a pequeños grupos de paseantes detenidos, cuya mirada oscila entre sus mapas y las grandes colinas que se erigen frente a ellos, entre el lugar en el que están y aquel al que desearían llegar. Lo que ha ocurrido es bastante claro. En el mapa, la línea recta parece invitar a una agradable caminata por un barrio residencial, que permitiría al turista ver cómo viven los locales. Una vez allí, lo que piensan, tal como me comentó una vez un joven británico al que le ofrecí ayuda, es “tengo que volver a mi hotel, pero *no voy a* escalar esa maldita colina”.

¿Por qué los mapas que consultan no les avisan de las colinas? Los cartógrafos saben indicar las elevaciones del terreno, así que no es una limitación del medio lo que incomoda a los peatones. Pero esos mapas están hechos especialmente para desplazarse en automóviles. Originalmente –aunque ya no– fueron confeccionados por encargo de las compañías de combustible y los fabricantes de neumáticos para su distribución en las estaciones de servicio (Paumgarten, 2006: 92), y a los automovilistas las colinas les preocupan mucho menos que a los peatones.

Estos mapas, al igual que las redes de personas y organizaciones que los confeccionan y utilizan, dan cuenta de un problema más general. Cualquier mapa de las calles de San Francisco es una representación convencional de dicha sociedad urbana: una descripción visual de sus calles y puntos de referencia, y también de su distribución en el espacio. Tanto los científicos sociales como los ciudadanos comunes tienen la costumbre de utilizar no sólo mapas, sino también otra gran variedad de representaciones de la realidad social; unos pocos ejemplos al azar son las películas documentales, las tablas estadísticas y los relatos que



las personas se cuentan unas a otras para explicar quiénes son y qué hacen. Todas estas representaciones, al igual que los mapas, ofrecen una imagen parcial, pero aun así adecuada a los propósitos del caso. Todas surgen de entornos institucionales que delimitan qué se puede hacer y definen las necesidades que estas representaciones deben satisfacer. Entender esto nos lleva a plantear varias preguntas interesantes: ¿de qué manera las necesidades y prácticas de las organizaciones dan forma a las distintas descripciones y análisis (llamemos a todo esto “representaciones”) de la realidad social? ¿Cuáles son los parámetros en virtud de los cuales las personas que hacen uso de ellas las consideran adecuadas? Estas preguntas están relacionadas con problemáticas tradicionales de los modos de conocer y comunicar en la ciencia, aunque las trascienden e incluyen cuestiones normalmente asociadas al arte así como a la experiencia y el análisis de la vida cotidiana.

A lo largo de los años, he entrado en contacto con diversas formas de hablar acerca de la sociedad, ya sea de manera profesional o tan sólo a causa de mi curiosidad innata. Como sociólogo que soy, las formas de contar que de inmediato me vienen a la mente son las que acostumbra emplear mi disciplina: la descripción etnográfica, el discurso teórico, las tablas estadísticas (y las representaciones visuales de cifras como los gráficos de barras), la narración histórica y otros tantos. Pero hace muchos años, fui también a la escuela de arte, me convertí en fotógrafo y en ese proceso desarrollé un apasionado y perdurable interés por las representaciones icónicas de la sociedad que crearon y crean los documentalistas y otros fotógrafos desde la invención misma del medio. Esto me condujo, de un modo bastante natural, a pensar el cine como otro medio de representar a la sociedad. Y no sólo las películas documentales, sino también las de ficción. He sido un ávido lector desde la infancia y, al igual que la mayoría de los lectores, sé que los cuentos y las novelas no son sólo producto de la imaginación, sino que a menudo contienen valiosas enseñanzas acerca del modo en que la sociedad se construye y funciona. ¿Y por qué no habría de tomar en cuenta, también, las representaciones dramáticas de historias sobre el escenario? Desde siempre estuve interesado e involucrado en todas estas formas de describir a la sociedad; por eso, decidí sacar provecho de la colección algo aleatoria y azarosa de ejemplos que el paso del tiempo supo decantar en mi cabeza.

¿Con qué propósito? Para descubrir qué problemas tiene que enfrentar cualquiera que intente la tarea de representar a la sociedad, qué tipos de soluciones se han formulado y se pusieron a prueba a lo largo

del tiempo y con qué resultados. Descubrir también aquello que tienen en común los problemas propios de los distintos medios y qué ocurre cuando se intenta adaptar soluciones que funcionaron en un tipo de representación a otro. Descubrir, por ejemplo, qué tienen en común las tablas estadísticas y los proyectos de fotografía documental, los modelos matemáticos y la ficción de vanguardia. Descubrir qué soluciones al problema de la descripción podrían trasladarse de un campo a otro.

Por ende, me interesan aquí las novelas, la estadística, la historia, la etnografía, la fotografía, el cine y cualquier otro modo en que las personas intentaron comunicar a otras qué opinaban acerca de sus respectivas sociedades u otras sociedades de su interés. Llamo “informes acerca de la sociedad” o, en ocasiones, “representaciones sociales” a los productos de esta actividad en cualquiera de esos medios. ¿Qué problemas y cuestiones se presentan a la hora de realizar este tipo de informes, en el medio que sea? A partir de los comentarios y las quejas que intercambian las personas que hacen este tipo de trabajo, hice una lista general de cuestiones y tomé como principio básico la idea de que si algo resulta problemático para un determinado modo de plantear las representaciones, constituirá un problema para todos los modos de hacerlo. Sin embargo, quienes trabajan en determinado ámbito tal vez hayan logrado solucionar esa dificultad según sus necesidades, por lo que ya ni siquiera la consideren un problema, mientras que para personas de otro ámbito parece constituir un dilema irresoluble. Esto significa que este segundo ámbito tal vez tenga algo que aprender del primero.

He procurado ser inclusivo en el planteo de las comparaciones y abarcar (al menos en principio) la gran variedad de medios y géneros que las personas utilizan o han utilizado para representar la sociedad. Desde luego, no hablé de todo. Pero he intentado evitar los prejuicios convencionales más obvios y tomar en consideración, además de los formatos científicos aceptados y todos aquellos que han sido inventados y utilizados por los profesionales de las disciplinas científicas reconocidas, aquellos utilizados por los artistas y por legos en la materia. Una lista dará una idea de la gama de temas: de las ciencias sociales, he tomado modos de representación como los modelos matemáticos, las tablas y gráficos estadísticos, los mapas, la prosa etnográfica y el relato histórico; del arte, las novelas, las películas, la fotografía y el teatro; de la inmensa zona gris entre ambos, las historias de vida y otros materiales biográficos y autobiográficos, el reportaje (incluidos los géneros mixtos del docudrama, el cine documental y el hecho ficcionalizado) y también la narración oral, los mapas y cualquier otra forma de representación producida por

la gente común (o sencillamente por personas que actúan en un ámbito que no es el de su incumbencia específica, situación que ocurre incluso a los profesionales la mayor parte del tiempo).

### ¿QUIÉN CUENTA?

Todos sentimos curiosidad por la sociedad en que vivimos. Necesitamos saber, en los términos más rutinarios y de la manera más trivial, cómo funciona nuestra sociedad. ¿Qué normas rigen la organización en la que participamos? ¿Qué patrones de comportamiento siguen los demás? Saber estas cosas nos ayuda a organizar nuestro propio comportamiento, descubrir qué queremos, cómo obtenerlo, cuánto costará y qué oportunidades de acción ofrecen las distintas situaciones.

¿Dónde se aprende todo esto? En principio, a través de la experiencia cotidiana. De la interacción con distintos tipos de personas, grupos y organizaciones. De la conversación con todo tipo de personas en todo tipo de situaciones. Por supuesto, no *todos* los tipos: esta clase de experiencia social cara a cara que todas las personas tienen está limitada por las conexiones sociales de cada cual, su situación en la sociedad, sus recursos económicos y su ubicación geográfica. Es posible arreglárselas con un conocimiento limitado de este tipo, pero en las sociedades modernas (y probablemente en todas) hace falta saber más que lo que se aprende a partir de la experiencia personal. Hace falta, o al menos se desea, saber acerca de otras personas y lugares, otras situaciones, otros tiempos, otros modos de vida, otras posibilidades, otras oportunidades.

Por eso, las personas buscan distintas “representaciones de la sociedad”, en las que otros les cuentan acerca de todas esas situaciones, tiempos y lugares que ellas no conocen de primera mano pero acerca de las cuales les gustaría saber. Esta información adicional les permite a su vez hacer planes más complejos y reaccionar de forma más elaborada a las situaciones que se les presentan en su propia vida inmediata.

En términos sencillos, una “representación de la sociedad” es algo que alguien le cuenta a otra persona acerca de determinados aspectos de la vida social. Esta definición abarca un terreno muy amplio. En uno de sus confines se sitúan las representaciones corrientes que las personas, como individuos de a pie, intercambian en su vida cotidiana. Tomemos como ejemplo el caso de los mapas. En muchas situaciones y para los propósitos más diversos, es una actividad altamente profesionalizada, fundada

sobre siglos de experiencia práctica, razonamiento matemático y ciencia académica. Pero en otras, no es más que una actividad corriente que cualquiera ejerce de vez en cuando. Invito a alguien a conocer mi casa, pero no sabe cómo llegar en automóvil. Le doy indicaciones verbales: “Si vienes de Berkeley, toma la primera salida del Puente de la Bahía a la derecha, gira a la izquierda al final de la rampa, pasa varias calles y luego gira a la izquierda para tomar Sacramento; sigue hasta llegar a Kearny, gira a la derecha y sube hasta Columbus”. También puedo sugerirle que, además de mis indicaciones, consulte un mapa de las calles, o sólo decirle que vivo cerca de la esquina de Lombard y Jones y dejar que utilice el mapa para encontrar esa dirección. O bien puedo dibujarle un mapa, reducido y personalizado. Puedo marcar cuál sería el punto de partida –“tu casa”– y bosquejar sólo las calles relevantes, indicándole en qué intersecciones girar, la extensión de cada tramo recto y los puntos de referencia que hay que pasar hasta llegar a “mi casa”. En la actualidad, todo esto puede consultarse en un sitio web, o bien confiar en que un equipo de GPS haga todo el trabajo.

Se trata de representaciones de una parte de la sociedad, contenidas en una relación geográfica sencilla; un modo más sencillo y acertado de definir las es decir que todas estas son formas de hablar acerca de la sociedad o de una parte de ella. Algunas de estas formas, los mapas viales estándar o las descripciones informáticas, son confeccionadas por profesionales altamente entrenados, haciendo uso de equipamiento y conocimiento especializados. Las instrucciones verbales y el mapa casero son confeccionados por personas de la misma condición que quienes los reciben, sin más conocimientos o capacidades geográficos que los de cualquier otro adulto competente. Todos sirven, cada uno a su manera, para guiar a alguien de un lugar a otro.

A mis colegas profesionales –de la sociología y otras ciencias sociales– les gusta hablar como si tuviesen el monopolio de estas representaciones, como si el conocimiento que producen acerca de la sociedad fuese el único conocimiento “real” en la materia. Esto no es cierto. También les gusta sostener la idea, igualmente ridícula, de que sus modos para hablar acerca de la sociedad son los mejores, o los únicos para hacerlo con propiedad, o bien que estos los resguardan de cualquier error que podrían cometer si procediesen de otra forma.

Ese tipo de comentario no es más que una banal usurpación de poder por parte de una esfera profesional. Prestar atención a los modos en que personas de otros ámbitos –los artistas visuales, los novelistas, los dramaturgos, los fotógrafos y los cineastas–, así como también la gente de a pie,

representan a la sociedad revelará categorías y posibilidades analíticas que las ciencias sociales a menudo ignoran y sin embargo podrían resultar de gran utilidad. Por eso, he decidido concentrarme en el trabajo representacional que hacen no sólo los profesionales de las ciencias sociales, sino también otros tipos de trabajadores. Los científicos saben hacer su trabajo, y esto resulta adecuado en virtud de distintos propósitos. Pero la suya no es la única manera de hacerlo.

¿Qué otras maneras existen? Hay muchas formas de categorizar las actividades representacionales. Podemos hablar de medios: por ejemplo, el cine, las palabras, los números, mutuamente contrapuestos. Y es posible considerar la intención de quienes elaboran las representaciones: la ciencia, el arte, el reportaje, también contrapuestos. Este tipo de revisión minuciosa podría servir a muchos propósitos, pero no a explorar los problemas genéricos de la representación y la gran variedad de soluciones que el mundo ha encontrado hasta el momento para ellos. Contemplar algunas de las formas más complejas y organizadas de describir a la sociedad significa no perder de vista las distinciones entre la ciencia, el arte y el reportaje. Estos ámbitos no suponen formas particulares de hacer algo, sino, antes bien, modos de organizar lo que, desde el punto de vista de los materiales y los métodos, podría considerarse en buena medida una misma actividad. (Más adelante, en el capítulo 11, compararé tres formas de usar la fotografía para realizar estos tres tipos de trabajo, lo que permitirá advertir de qué manera las mismas fotografías podrían ser arte, periodismo o ciencias sociales.)

La tarea de representar a la sociedad a menudo supone una comunidad interpretativa, una organización conformada por personas que acostumbran realizar representaciones estandarizadas de determinado tipo (“productores”) para otras (“usuarios”), que a su vez suelen emplearlas para determinados propósitos estandarizados. Tanto los productores como los usuarios adaptaron su actividad a la actividad del resto, de manera tal que la organización de hacer y usar resulte, al menos durante determinado período, una unidad estable, un *mundo* (en el sentido técnico planteado en otra obra—Becker, 1982—y que comentaré con mayor detenimiento en las páginas siguientes).

Con bastante frecuencia, algunas personas no se ajustan bien a estos mundos organizados de productores y usuarios. Propensas a experimentar e innovar, no hacen las cosas como suelen hacerse, y por consiguiente aquello que producen tal vez no encuentre muchos usuarios. Pero las soluciones que dan a problemas usuales resultan muy útiles y reveladoras respecto de posibilidades que pasan inadvertidas en las prácticas más

convencionales. Las distintas comunidades interpretativas a menudo comparten procedimientos y formas y les dan usos no previstos ni deseados por la comunidad de origen, lo cual produce mezclas de métodos y estilos que se adaptan a las condiciones cambiantes de las organizaciones de mayor escala a las que pertenecen.

Todo esto es muy abstracto. Veamos una lista más concreta de las formas estándares de contar acerca de la sociedad, que han producido obras ejemplares de representación social que vale la pena analizar con detenimiento:

- *Ficción.* Varias obras de ficción, cuentos y novelas, han servido como vehículos para el análisis de la sociedad. Siempre se ha entendido que las sagas familiares, de clase y de grupos profesionales producidas por escritores de propósitos y talento tan disímiles como Honoré de Balzac, Émile Zola, Thomas Mann, C. P. Snow y Anthony Powell encarnan descripciones complejas de la vida social y sus procesos constitutivos (factores de los que dependen su impacto y sus virtudes estéticas). Las obras de Charles Dickens –cada una de ellas o en conjunto– fueron concebidas –según la intención del autor– como un modo de describirle a un gran público el funcionamiento de las organizaciones causantes de los males que padecía su sociedad.
- *Teatro.* De manera similar, el teatro también ha sabido ser un vehículo para explorar la vida social, sobre todo para describir y analizar los males sociales. George Bernard Shaw empleó la forma dramática para formular su concepción acerca de cómo se originan los “problemas sociales” y hasta qué punto estos se insertaban en el cuerpo político. *Mrs. Warren’s Profession* (*La profesión de la señora Warren*), por ejemplo, explica el funcionamiento del negocio de la prostitución y de qué manera este aseguraba la subsistencia de buena parte de las clases aristocráticas inglesas. En *Major Barbara* (*La comandante Barbara*) hace lo mismo respecto de la guerra y la fabricación de armamento. Muchos dramaturgos dedicaron sus esfuerzos a propósitos similares (Henrik Ibsen, Arthur Miller, David Mamet).

Decir que estas obras y estos autores practican el análisis sociológico no significa que esto sea “lo único” que hacen o que sus obras sean “mera” sociología disfrazada de arte. De ningún modo. Estos autores tenían en

mente propósitos que trascendían el análisis sociológico. Pero aun el más formalista de los críticos debe aceptar que parte del efecto de muchas obras artísticas depende de su contenido “sociológico” y de la convicción, en los lectores y en los espectadores, de que aquello que ellas cuentan acerca de la sociedad es, en un sentido u otro, “verdadero”.

- *Cine*. En el caso más obvio, los documentales –como ejemplos bastante conocidos, cabría mencionar *Harlan County, USA* (1976), de Barbara Kopple, y *Chronique d’un été (Crónica de un verano)* (1961), de Edgar Morin y Jean Rouch– tienen como objetivo fundamental la descripción social, a menudo, sin ser necesariamente algo explícito, con intenciones reformistas, procurando revelar a los espectadores los males de las organizaciones sociales existentes. Con frecuencia, las películas de ficción también hacen suyo el propósito de analizar y comentar las sociedades que retratan, que muchas veces son las mismas en que se producen. Los ejemplos van desde el pseudo documental de Gillo Pontecorvo *La battaglia di Algeri (La batalla de Argelia o La batalla de Argel)*, 1966) a un clásico de Hollywood como *Gentleman’s Agreement (La luz es para todos)* (1966), de Elia Kazan.
- *Fotografía*. Del mismo modo, desde los comienzos del medio, los fotógrafos a menudo se ocuparon del análisis social. El género de la fotografía documental tiene una larga e ilustre historia. Entre otras obras ejemplares del género, se cuentan las series *Le Paris secret des années 30 (El París secreto de los años treinta)* (1976), de Brassai; *American Photographs* (1975 [1938]), de Walker Evans, y *The Americans* (1969 [1959]) de Robert Frank).

Hasta aquí, mencioné modos “artísticos” de elaborar representaciones sociales. Otras representaciones están más asociadas a la “ciencia”.

- *Mapas*. Los mapas, asociados a la disciplina de la geografía (más específicamente, a la cartografía), son un recurso eficiente para presentar grandes cantidades de información acerca de unidades sociales consideradas en su dimensión espacial.
- *Tablas*. En el siglo XVIII, la invención de la tabla estadística permitió resumir, en un formato compacto y comparativo, una gran cantidad de datos numéricos provenientes de observaciones específicas. Estas descripciones compactas ayudan

a los gobiernos y a otras instituciones a organizar acciones sociales con determinados propósitos. El censo gubernamental constituye su forma de uso más clásica. Los científicos emplean las tablas para difundir datos con los cuales otros pueden evaluar sus teorías. En el siglo XX, las ciencias sociales se volvieron cada vez más dependientes de la presentación de datos cuantitativos en tablas reunidos específicamente para dicho propósito.

- *Modelos matemáticos.* Algunos representantes de las ciencias sociales describieron la vida social reduciéndola a entidades abstractas organizadas como modelos matemáticos. Estos modelos, intencionalmente alejados de la realidad social, tienen la capacidad de representar relaciones básicas, propias de la vida social. Se los utilizó para analizar fenómenos tan distintos como los sistemas de parentesco y el mundo de la música popular comercial.
- *Etnografía.* Una forma clásica de representación social es la etnografía, una descripción verbal detallada del modo de vida, en su totalidad, de una determinada unidad social, cuyo arquetipo es (aunque no necesariamente) un pequeño grupo tribal. Con el tiempo, este método se aplicó, y se aplica aun hoy con frecuencia, a organizaciones de todo tipo: escuelas, fábricas, barrios urbanos, hospitales y movimientos sociales.

En algún punto entre el arte y la ciencia se ubican la historia y la biografía, que suelen ocuparse de elaborar relatos minuciosos y exactos de acontecimientos del pasado pero que igualmente se dedican a evaluar amplias generalizaciones acerca de cuestiones que conciernen a otras ciencias sociales. (Recordemos que toda la producción sociológica de hoy será la materia prima de los historiadores del mañana, así como obras maestras de la sociología, como los estudios del matrimonio Lynd sobre “Middletown”,\* pasaron de ser un análisis social a convertirse en documentos históricos.)

Por último, es preciso tener en cuenta a los aventureros, los inconformistas y los innovadores que mencioné antes. Algunos productores de representaciones sociales mezclan métodos y géneros, experimentan con

\* Robert S. y Helen M. Lynd, *Middletown. A Study in Modern American Culture* (1929) y *Middletown in Transition. A Study in Cultural Conflicts* (1937). [N. del E.]



formas y lenguajes, y brindan análisis de fenómenos sociales en lugares inesperados y bajo formas que no se reconocen como arte ni ciencia, en tanto exhiben una combinación inusual y desconocida de géneros. Por ejemplo, Hans Haacke, a quien cabe denominar un “artista conceptual”, usa dispositivos sencillos para conducir a los usuarios a conclusiones inesperadas. Georges Perec e Italo Calvino, miembros del grupo literario francés OuLiPo\* (Motte, 1998) dedicado a experimentos literarios esotéricos, de una forma u otra hicieron de la novela un vehículo para un refinado pensamiento sociológico. También están las “piezas habladas” de David Antin, historias que pueden ser ficción o no y que transmiten un análisis social e ideas complejas. Al igual que todos estos experimentos, la obra de estos artistas obliga a reconsiderar procedimientos que a menudo se dan por sentado, situación que comentaré con detenimiento más adelante en este libro.

## LOS HECHOS

Me veo en la necesidad de establecer una distinción importante, aunque sea falaz, engañosa y que cada uno de sus términos pueda resultar resbaladizo e indeterminado. No creo que tales faltas supongan un mayor perjuicio a los fines de la presente exposición. Me refiero a la distinción entre “hechos” e “ideas” (o “interpretaciones”). Todo informe acerca de la sociedad supone cierta descripción de cómo son las cosas en un lugar específico en un momento determinado. Por ejemplo, cuántas personas había en el país en el año 2000 según el recuento de la Oficina del Censo de los Estados Unidos. Cuántas de ellas eran mujeres y cuántas son hombres; la distribución etaria de esa población (tantos por debajo de los 5 años, tantos entre 5 y 10, y así en adelante); la composición racial de esa población; la distribución de los ingresos; la distribución de los ingresos entre los subgrupos raciales y de género de esa población.

Esos son datos acerca de la población estadounidense (y, desde luego, en mayor o menor grado, se dispone de información similar acerca de los demás países del mundo). Ofrecen descripciones de lo que podría encontrar cualquier persona interesada en estos números, la información

\* El término es un acrónimo de “Ouvroir de Littérature Potentielle”, Taller de Literatura Potencial. [N. del E.]

resultante de una serie de operaciones que un grupo de profesionales de la demografía y la estadística emprendieron en conformidad con los procedimientos propios de su especialidad.

Del mismo modo, los antropólogos nos cuentan, por ejemplo, de qué manera *tales* personas que viven en *tal* sociedad estructuran el parentesco: estas personas reconocen ciertas categorías de relaciones familiares y tienen determinadas ideas acerca del comportamiento que los individuos así relacionados deben observar entre sí; estos son, según la formulación clásica, sus derechos y obligaciones mutuos. Los antropólogos fundan su análisis en relatos que procuran establecer hechos acerca de los modos en que estas personas hablan y se comportan, incluidas en las notas de campo que luego comunican a través de sus observaciones y entrevistas en el terreno, del mismo modo que los profesionales de la demografía respaldan con los datos aportados por el censo su descripción de la población estadounidense. En ambos casos, los profesionales parten de la evidencia recopilada mediante métodos que sus pares consideran suficientes para garantizar el estatus fáctico de los resultados.

Es preciso, sin embargo, plantear algunas prevenciones. Hace tiempo ya que Thomas Kuhn (1970 [1962]) me convenció de que los hechos nunca son hechos desnudos, sino que, antes bien, según su propia formulación, tienen “cierto caudal implícito de creencias metodológicas y teóricas entrelazadas”. Cada aseveración de un hecho presupone una teoría que explica qué entidades son susceptibles de descripción, qué características pueden tener, cuáles de dichas características son observables, cuáles sólo pueden inferirse de las observables y demás.

En ocasiones, las teorías parecen tan obvias que es innecesario demostrarlas. ¿Puede alguien discutir si podemos identificar a un ser humano al verlo y distinguirlo de otras clases de animales? ¿Es necesario discutir que estos seres humanos pueden a su vez categorizarse como varones y mujeres? ¿O como negros, blancos, asiáticos y de otras variedades raciales?

De hecho, tanto los científicos como los legos discuten este tipo de cosas todo el tiempo, como se desprende con toda claridad de los continuos cambios que alteran las categorías raciales de los censos que se realizan en distintas partes del mundo. Las características como el género y la raza no resultan obvias en la naturaleza. Cada sociedad tiene modos de distinguir a los niños de las niñas, así como a los miembros de las distintas categorías raciales que los miembros de esa sociedad consideran relevantes. Pero tales categorías están fundadas en teorías acerca de las características esenciales de los seres humanos, y la naturaleza de las categorías y los métodos empleados para atribuirlos a las personas varían

mucho de sociedad a sociedad. Esto quiere decir que no podemos dar por sentado ningún tipo de hecho. No hay hechos puros; sólo “hechos” que adquieren su significado en función de una teoría subyacente.

Además, los hechos sólo son hechos si el grupo de personas que los consideran relevantes los aceptan como tales. ¿Supone esto dejarse llevar por un pernicioso relativismo o un juego de palabras malintencionado? Tal vez, pero no creo que sea necesario debatir aquí la existencia o no de una realidad última que en determinado momento la ciencia podría revelar para reconocer que en muchas oportunidades las personas sensatas, incluidos los científicos sensatos, no logran ponerse de acuerdo en qué es un hecho y en cuándo un hecho se constituye efectivamente como tal. Estos disensos aparecen porque los científicos suelen discrepar respecto de qué constituye una prueba adecuada de la existencia de un hecho. Bruno Latour (1987: 23-29) ha demostrado, de manera bastante convincente para mí y para muchos otros, que, como señala con total claridad, el destino de un hallazgo científico está en manos de aquellos dispuestos a aceptarlo. Si lo aceptan como un hecho, será tratado como tal. ¿Esto quiere decir que cualquier tipo de tontería puede llegar a ser un hecho? No, porque uno de los “actantes”, para emplear la poco elegante expresión de Latour, que debe aceptar la interpretación es el propio objeto respecto del cual se afirma el hecho en cuestión. Yo puedo afirmar que la luna está hecha de queso, pero la luna tendrá que cooperar exhibiendo ciertas características que las demás personas puedan reconocer como propias del queso; caso contrario, la afirmación se convertirá en un no-hecho inaceptable. Peor aún, es posible que mi hecho ni siquiera se convierta en objeto de debate; o simplemente podría ser ignorado, de modo que sería lícito afirmar que no existe, al menos en el discurso de los científicos que estudian la luna. Tal vez exista una realidad última, pero todos los seres humanos somos falibles y podemos equivocarnos, y eso significa que, en el mundo real en que vivimos, todos los hechos pueden ser discutidos. Este es un hecho cuanto menos tan inamovible y difícil de refutar como cualquier otro hecho de la ciencia.

Por último, los hechos no son aceptados en general o por el mundo en conjunto, sino que los aceptan o rechazan aquellos públicos específicos ante quienes los presentan sus exponentes. ¿Esto quiere decir que toda ciencia es situacional y que, por lo tanto, sus hallazgos carecen de validez universal? No estoy tomando partido por ninguna posición respecto de estas grandes preguntas de la epistemología, sino simplemente reconociendo lo obvio: cuando se elabora un informe acerca de la sociedad, se lo hace para alguien, y quién es ese alguien afecta el modo en que se

presenta el conocimiento y el modo en que los usuarios reaccionan a eso que se les presenta. Los públicos difieren –esto es importante– en aquello que saben y saben hacer, en aquello que creen y están dispuestos a aceptar, ya sea como acto de fe o en virtud de determinado tipo de evidencia. Es habitual que se presenten distintos tipos de informes a diferentes públicos: tablas estadísticas para personas más o menos entrenadas en su lectura, modelos matemáticos para personas con un entrenamiento altamente especializado en las disciplinas involucradas, fotografías a una gran variedad de públicos generales y especializados, etc.

Entonces, en lugar de hechos fundamentados por una determinada evidencia que los vuelve aceptables como tales, existen hechos fundados sobre una teoría, aceptados como tales por determinadas personas en la medida en que la evidencia que los sustenta ha sido recolectada de manera aceptable para cierta comunidad de productores y usuarios.

### **LAS INTERPRETACIONES**

No es sencillo distinguir los hechos de las interpretaciones. Todo hecho, en su contexto social, supone e invita a diversas interpretaciones. Las personas pasan fácilmente y sin pensarlo demasiado de los hechos a las interpretaciones. Por tomar un ejemplo provocativo, que los grupos raciales difieren en su coeficiente intelectual tal vez sea un hecho, en la medida en que puede ser demostrado mediante pruebas comúnmente empleadas por los psicólogos que convirtieron ese tipo de mediciones en su negocio. Sin embargo, interpretar esta información como una demostración de que dicha diferencia es genética –hereditaria y por consiguiente difícil de modificar– no es un hecho, sino una interpretación del significado del hecho que se informa. Una interpretación alternativa sostiene que este hecho sólo demuestra que las pruebas de coeficiente intelectual están diseñadas para su aplicación en una determinada cultura y no pueden utilizarse para comparar poblaciones distintas.

Los descubrimientos acerca de las relaciones entre raza, género y nivel de ingresos que se desprenden del censo poblacional estadounidense tampoco hablan por sí solos. Alguien habla por ellos e interpreta su significado. Las personas suelen discutir más acerca de interpretaciones que acerca de hechos. Podemos estar de acuerdo en las cifras que describen las relaciones entre el género, la raza y los ingresos, pero esa misma información censal puede ser interpretada como una señal de la existencia

de discriminación, del descenso de la discriminación, de la incidencia conjunta de dos condiciones de desventaja (ser mujer, ser negra) sobre los ingresos o de muchas otras posibilidades.

Por ende, un informe acerca de la sociedad es un artefacto que establece una serie de afirmaciones de hechos, basados en evidencia aceptable para determinado público, e interpretaciones de tales hechos también aceptables para ese público.

## **2. Las representaciones de la sociedad como productos organizacionales**

Las personas encargadas de recolectar e interpretar hechos acerca de la sociedad no comienzan de cero cada vez que elaboran un informe. Recurren a formas, métodos e ideas que algún grupo social, grande o pequeño, pone a su disposición como modos lícitos de realizar dicha tarea.

Cualquier informe acerca de la sociedad (recordemos que “representación” e “informe” se refieren a la misma cosa) adquiere pleno sentido cuando se lo considera en el marco de un determinado contexto organizacional, como una actividad, un modo en que algunas personas dicen lo que creen saber a otras personas que quieren enterarse de ello, una actividad organizada que cobra forma en virtud de los esfuerzos conjuntos de todos los involucrados. Sería un penoso error concentrarse en nombres y no en verbos, en los objetos y no en las actividades, como si el objeto de investigación aquí fueran las tablas, los gráficos, las etnografías o las películas. Resulta mucho más sensato considerar todos estos artefactos como restos estáticos de la acción colectiva, objetos que cobran vida cada vez que alguien los usa, cuando alguien hace o lee gráficos o prosa, cuando alguien hace o mira películas. Es preciso entender la expresión “una película” como abreviatura de la actividad “hacer una película” o “ver una película”.

La distinción comporta una diferencia. Concentrarse en el objeto dirige la atención hacia las capacidades formales y técnicas del medio: cuántos bits de información puede transmitir un monitor de televisión que tenga determinado grado de resolución, o si acaso un medio puramente visual es capaz o no de comunicar nociones lógicas como la de causalidad. Por el contrario, concentrarse en una actividad organizada revela que lo que un medio puede hacer viene determinado en función de las limitaciones organizacionales que afectan su empleo. Lo que un fotógrafo pueda transmitir dependerá en parte del presupuesto con que cuente para su proyecto fotográfico –que limita el número de tomas que podrá realizar–, cómo habrá de exhibirlas, cuánto dinero costará hacerlas

(dicho de otro modo, cuánto se le pagará al fotógrafo por su tiempo) y la cantidad y el tipo de atención que los espectadores estén dispuestos a dedicar al trabajo de interpretación.

Considerar los informes acerca de la sociedad como producto de una organización supone tomar en cuenta todos los aspectos que conciernen a las organizaciones en que se produce el análisis; las estructuras burocráticas, los presupuestos, los códigos profesionales y las características y capacidades del público al que se dirigen inciden por igual en la tarea de representar a la sociedad. Los trabajadores deciden el modo en que producirán representaciones teniendo en cuenta qué es posible, lógico, viable y deseable, dadas las condiciones bajo las cuales habrán de hacerlas y el público al que estarán dirigidas.

Por tanto, parece sensato hablar, estableciendo una analogía con la idea de mundo del arte (Becker, 1982), de la existencia de mundos de productores y usuarios de representaciones: el mundo del cine documental, de los gráficos estadísticos, de los modelos matemáticos o de las monografías antropológicas. Estos mundos están conformados por todas las personas y los artefactos cuyas actividades de producción y uso se centran en un determinado tipo de representación: por ejemplo, todos los cartógrafos, los científicos, los recolectores de datos, los impresores, los diseñadores, las corporaciones, los departamentos de geografía, los pilotos, los capitanes de barcos, los automovilistas y los peatones de cuya cooperación surge el mundo de los mapas.

Estos mundos difieren en los grados de conocimiento y el poder relativo de productores y usuarios. En los mundos altamente profesionalizados, hay profesionales que hacen artefactos principalmente para uso de otros profesionales: los investigadores científicos realizan sus informes e inscripciones (Latour y Woolgar, 1979; Latour, 1983, 1986, 1987) para otros colegas que saben tanto (o casi tanto) como ellos acerca de su trabajo. En los casos más extremos, los productores y los usuarios son las mismas personas (una situación casi realizada en mundos esotéricos como el de los modelos matemáticos).

Los miembros de los mundos más diferenciados a menudo comparten cierto conocimiento básico, a pesar de las diferencias que puedan existir entre sus respectivos trabajos. Por eso es que aun los estudiantes de sociología que nunca realizarán trabajo estadístico aprenden las más novedosas versiones de análisis estadístico multivariante. Sin embargo, otros profesionales realizan buena parte de su trabajo para los usuarios no especializados: los cartógrafos confeccionan mapas para conductores que sólo saben de la materia lo suficiente para ir de una ciudad a otra y

los cineastas hacen películas para personas que nunca oyeron hablar de un corte directo. (Desde luego, estos profesionales también suelen preocuparse por lo que sus pares puedan llegar a decir acerca de su trabajo.) Y los legos también cuentan historias, trazan mapas y escriben números para transmitirse cosas entre sí. Aquello que se hace, se comunica y se entiende varía enormemente en cada uno de estos casos.

Esto vuelve inútil hablar de los medios o de las formas en abstracto, si bien lo he hecho y continuaré haciéndolo. Para tener sentido, los términos abstractos como “cine” o “tabla estadística” no sólo necesitan de verbos activos como “hacer” o “ver”, sino que también sirven de abreviaturas para formulaciones específicas para determinado contexto, como “tablas hechas por el censo” o “largometrajes de gran presupuesto realizados en Hollywood”. Conviene pensar las limitaciones organizacionales que imponen el censo y Hollywood como parte integral de los artefactos realizados en dichos lugares. Por eso, mi propuesta difiere de la más común y convencional, que concede el lugar central a los artefactos y un papel secundario a las actividades por medio de las cuales se los produce y consume.

La forma y el contenido de las representaciones varían porque las organizaciones sociales varían. La organización social no sólo incide en lo que se realiza sino también en aquello que los usuarios quieren que la representación haga, el tipo de tareas que consideran necesario satisfacer (por ejemplo, ayudarnos a encontrar el camino hasta la casa de un amigo o informarnos de los últimos descubrimientos en nuestro ámbito profesional) y los estándares con que la juzgarán. Debido a que las tareas que los usuarios esperan que una determinada representación satisfaga dependen en gran medida de definiciones organizacionales, no me ocuparé aquí de lo que muchas personas consideran un problema metodológico fundamental (de hecho, *el* problema): planteada la necesidad de una determinada tarea representacional, ¿cuál es la mejor manera de realizarla? Si ese fuera el problema, bastaría con plantear una tarea –comunicar un conjunto de números, por ejemplo– y limitarse a ver qué forma de organizar una tabla o un gráfico comunica dicha información de la manera más honesta, adecuada y eficiente (así como algunos científicos comparan computadoras según su velocidad para encontrar números primos). Por el contrario, evito aquí abrir un debate acerca de la precisión de los distintos modos de representación, y no tomo a ninguno de ellos como el parámetro a partir del cual todos los demás deben juzgarse. Tampoco adopto la posición un poco más relativista según la cual, si bien cada tarea plantea necesidades diferentes, siempre existe una mejor manera de realizar cada una. Nada de esto debe ser considerado



una señal de ascetismo relativista de mi parte. Me parece más útil y más productivo, para llegar a un nuevo entendimiento del problema de la representación, considerar que cada modo de representar la realidad social es *perfecto...* para algo. La verdadera pregunta es, entonces, *¿para qué* sirve cada modo de representación? La respuesta a esto es organizacional: en la medida en que corresponde a la organización de determinada área de la vida social que una (o más) de las tareas de representación a realizar sea(n) la(s) que debe(n) ser realizada(s), corresponderá tanto a los usuarios como a los productores juzgar cada método según su eficacia y confiabilidad a la hora de producir resultados más satisfactorios, o tal vez los menos insatisfactorios, que los que produciría cualquiera de las demás alternativas disponibles.

A pesar de las diferencias superficiales entre los géneros y los medios, todos plantean los mismos problemas fundamentales. La influencia de los presupuestos, el papel de la profesionalización, el conocimiento con que debe contar el público para que una representación resulte eficaz, la discusión acerca de lo que es éticamente lícito en su construcción; todos estos son problemas comunes a las distintas formas de representación. La manera en que se los enfrenta varía según los recursos y los propósitos de la organización involucrada.

Dichas cuestiones son materia de debate en los distintos campos de producción de representaciones. Los novelistas tienen los mismos dilemas éticos que los sociólogos y los antropólogos, y los cineastas comparten la misma preocupación que los científicos respecto del presupuesto con que cuentan. La bibliografía existente acerca de estos debates, así como mi propia práctica informal de observación y entrevista en los distintos campos, me ha provisto de una gran cantidad de información. También me fue de gran utilidad el trabajo de la sociología de la ciencia en torno a los problemas de retórica y representación (véanse, por ejemplo, Gusfield, 1976, 1981: en especial, 83-108; Latour y Bastide, 1986; Bazerman, 1988; Clifford, 1988; Geertz, 1983).

## **LAS TRANSFORMACIONES**

Según la descripción de Latour, los científicos transforman todo el tiempo los materiales con los que trabajan. Así, convierten la observación realizada en el laboratorio o el campo en una serie de notas en un cuaderno, luego las notas en una tabla, la tabla en un gráfico, el gráfico

en una conclusión y la conclusión en el título de un artículo. En cada paso, la observación se vuelve más abstracta y se aleja de las condiciones concretas de su contexto original. Latour (1995) explicita este proceso de transformaciones en su descripción del trabajo realizado por un grupo de edafólogos (científicos que estudian el suelo) franceses en Brasil: un terrón de tierra se convierte en una pieza de evidencia científica cuando el científico la guarda en una caja y, con ello, se suma a un espectro de terrones similares y comparables tomados de otras partes de la parcela de tierra que es objeto de estudio. Según Latour, ese es el trabajo de la ciencia: transformar objetos con el fin de utilizarlos para “mostrar” o “demostrar” aquello de lo que el científico quiere convencer a los demás.

Los científicos producen estas transformaciones de maneras estandarizadas, empleando instrumentos estándares que les permiten realizar operaciones estándares sobre materiales estandarizados, y luego comunican sus resultados de maneras estandarizadas, diseñadas para ofrecer a los usuarios aquello que necesitan para evaluar las ideas presentadas en el informe sin verse agobiados por materiales innecesarios. El hecho de que algo sea necesario o no viene determinado por la convención. Todo aquello que responde posibles preguntas es necesario y aquello sobre lo que nadie tiene nada para preguntar es innecesario. Podemos encontrar operaciones similares en todos los tipos de representación de la vida social existentes. ¿Con qué materias primas comienza el trabajo de los productores? ¿A qué transformaciones someten dicho material?

Latour (1987: 29) sostiene que el destino de un argumento o hallazgo científico está siempre supeditado a sus posteriores usuarios: ellos deciden si este será rechazado o aceptado para su incorporación al cuerpo factual aceptado por todos los integrantes del ámbito científico. Por eso, también es relevante preguntarse qué usuarios toman estas importantes decisiones.

En algunos mundos, la representación abandona pronto el mundo “interno” de los productores, expertos y adeptos para internarse en los mundos seculares, donde aquello que los usuarios hagan con el objeto puede diferir considerablemente respecto de las intenciones de su productor. Los productores intentan controlar lo que los usuarios hacen con su representación dotándola de restricciones que limitan los usos e interpretaciones que los usuarios puedan hacer de ellas. Pero con frecuencia los autores atraviesan la insólita experiencia de que un lector explique que su obra tiene un significado que ellos se habían tomado el trabajo de evitar.

Veamos una interesante lista de preguntas acerca de las transformaciones a las que los productores y los usuarios de cualquier mundo representacional someten a los materiales:

- ¿Qué camino sigue el objeto una vez que abandona a sus productores originales?
- ¿Qué hacen con él las personas en cuyas manos cae en cada etapa?
- ¿Para qué lo quieren o necesitan?
- ¿Con qué equipo cuentan para interpretarlo?
- ¿Qué elementos internos al objeto limitan sus condiciones de lectura e interpretación?
- ¿De qué manera los productores procuran impedir interpretaciones alternativas?
- ¿Cómo impiden que los usuarios hagan esto o aquello?
- Latour (1987: 74-79, 87-90) sostiene que un hecho científico es una afirmación que resistió distintas pruebas que intentaron negar su existencia. ¿Quién aplica estas pruebas a las distintas representaciones de la sociedad?
- ¿Cuáles son los campos de prueba habituales en que se presentan las representaciones (publicaciones, teatros, etc.) y dónde realizan las pruebas todas aquellas personas interesadas en evaluar si son válidas o no?

### **HACER REPRESENTACIONES**

Toda representación de la realidad social –ya sea una película documental, un estudio demográfico, una novela realista– es necesariamente parcial, sólo tiene como punto de partida lo que el receptor experimentaría y encontraría librado a su interpretación de hallarse en el entorno concreto que representa. Después de todo, este es el motivo por el cual las personas elaboran representaciones: transmitir a los usuarios sólo aquel fragmento de información que necesitan para hacer una determinada cosa. Una representación eficiente comunica a su usuario todo lo que necesita saber en función de sus propósitos, sin perder tiempo con aquello que no le interesa. En la medida en que se da por hecho que estos artefactos suponen tal clase de reducciones, tanto los productores como los usuarios deben efectuar distintas operaciones sobre la

realidad para alcanzar una comprensión definitiva de lo que intentan comunicar. La organización social incide sobre la elaboración y el uso de las representaciones al influir en el modo en que se practican estas operaciones.

#### LA SELECCIÓN

Todo medio, en cualquiera de sus usos convencionales, deja de lado buena parte de la realidad, a decir verdad, la mayor parte. Esto es así incluso en el caso de aquellos medios que parecen más abarcadores que las palabras y los números, obviamente abstractos, empleados por las ciencias sociales. El registro fílmico (fijo o en movimiento) y en video omite la tridimensionalidad, los olores y las sensaciones táctiles, e inevitablemente no ofrece más que una pequeña muestra del lapso total de tiempo durante el cual transcurren los eventos representados (si bien la película de Andy Warhol *Sleep* dura las cinco horas y veinte minutos del acontecimiento que retrata: alguien durmiendo). A menudo, pero no necesariamente siempre, las representaciones escritas omiten todos los elementos visuales de la experiencia: todavía sorprende a los lectores que un novelista como W. G. Sebald (2001) incorpore fotografías dentro de su obra. Todos los medios omiten lo que ocurre una vez que cesan las actividades representacionales. Describen lo que sea hasta un determinado momento y luego se detienen. Algunos sociólogos señalan que las representaciones numéricas dejan de lado el elemento humano, las emociones o la negociación simbólica del sentido (estos académicos usan el criterio de la totalidad para criticar el tipo de trabajo que no les gusta). Pero nadie, ni los usuarios ni los productores, consideran que el carácter incompleto constituya una falta en sí mismo. Por el contrario, lo reconocen como el modo habitual de hacer ese tipo de cosas. Los mapas de ruta, reconstrucciones llamativamente abstractas e incompletas de la realidad geográfica que representan, satisfacen incluso al más severo crítico de las representaciones incompletas. Contienen sólo aquello que los automovilistas necesitan para ir de un lugar a otro (aunque a veces pueden confundir a los peatones).

Dado que toda representación siempre y necesariamente omite algunos elementos de la realidad, las preguntas interesantes y dignas de investigación son las siguientes: ¿cuáles, de todos los elementos posibles debe incluir la representación? ¿A quién le resulta razonable y aceptable esta selección? ¿Quién se queja de ella? ¿Qué criterio aplican las personas para elaborar estos juicios? Entre otros criterios, sólo para señalar

algunas posibilidades, figuran por ejemplo los relacionados con el género (“si no incluye tal cosa [o si incluye tal otra], no es una novela [o una fotografía, una etnografía, una tabla, etc.]”) o al ámbito profesional (“así trabaja un *verdadero* profesional de la estadística [o un cineasta, un historiador, etc.]”).

#### LA TRADUCCIÓN

Podemos pensar la traducción como una función que esquematiza un conjunto de elementos (las partes de la realidad que el productor procura representar) sobre otro conjunto de elementos (las características convencionales que ofrece el medio utilizado). Los antropólogos convierten sus observaciones en notas de campo, a partir de las cuales construyen descripciones etnográficas estandarizadas; los encuestadores convierten las entrevistas de campo en números, a partir de los cuales crean tablas y gráficos; los historiadores combinan sus fichas para construir relatos, delinear personajes y analizar situaciones; los cineastas editan el material en crudo, delimitando tomas, escenas y películas. Los usuarios de las representaciones nunca tratan con la realidad misma, sino con la realidad traducida a los materiales y al lenguaje convencional de una determinada práctica.

Los modos usuales de elaborar representaciones ofrecen a sus autores un conjunto estándar de elementos que utilizar en la construcción de sus artefactos, entre los que se cuentan los materiales y sus posibilidades: material filmico con determinada sensibilidad a la luz, tantos gránulos de material fotosensible por centímetro cuadrado y, por tanto, determinado grado de resolución, lo que hace posible la representación de elementos de determinado tamaño pero no más pequeños; elementos conceptuales, como la idea de trama o personaje en la ficción; y unidades convencionales de sentido, como los fundidos, los barridos y otros recursos audiovisuales que indican el paso del tiempo.

Los autores esperan que los elementos usuales tengan los efectos usuales, de modo que los consumidores de representaciones hechas con determinados efectos reaccionen de maneras estándar. Y los usuarios esperan algo similar: que sus productores empleen elementos usuales con que estén familiarizados y a los que sepan responder. Aquellas representaciones en las que se cumplen dichas condiciones –es decir, en las que todo funciona exactamente como las distintas partes involucradas esperan– son “perfectas”. Todo funciona exactamente como todos esperan que lo haga. Pero estas condiciones nunca se cumplen por

completo. Los materiales no siempre se comportan como se supone que lo harán. El público no comprende lo que el productor creyó que interpretaría. El lenguaje existente no consigue expresar la idea del productor. ¿Qué ocurre cuando estas representaciones inevitablemente imprecisas se presentan ante un público que no sabe lo que debería saber? Muy a menudo, la mayoría de las personas, tanto los productores como los usuarios –y sobre todo aquellas cuya opinión cuenta porque tienen posiciones de poder e importancia–, responden de una manera tan cercana a la que esperaban los productores originales que el resultado termina siendo “aceptable” para todos los involucrados.

Los criterios que definen el grado de aceptabilidad varían. Por ejemplo, consideremos la cuestión de la “transparencia” de la prosa, las tablas y las imágenes que las personas usan para dar cuenta de resultados científicos. Tanto los productores como los usuarios de las representaciones científicas querrían que los lenguajes verbales, numéricos y visuales que usan en sus artículos e informes se comportaran como elementos estándar neutrales y no agregaran nada a lo que se está informando. Al igual que un vidrio impoluto, permitirían al público ver los resultados a través de ellos sin que resultaran afectados por su mediación. Kuhn (1970 [1962]), como ya advertí, plantea la imposibilidad de un lenguaje científico descriptivo “transparente”; antes bien, todas las descripciones están “fundadas en la teoría”. Es evidente que incluso el ancho de las barras de un gráfico, así como el tamaño y el estilo de la tipografía de una tabla, por no hablar de los sustantivos y adjetivos que componen un relato histórico o etnográfico, inciden en la interpretación de lo que estos artefactos informan. En un gráfico, el uso de barras anchas puede hacer que las cantidades informadas parezcan de una magnitud mayor de la que el usuario podría suponer si estas fueran más delgadas. Cuando en el habla convencional se hace referencia a los usuarios de drogas ilegales como “abusadores” o “adictos”, se comunica mucho más que un “hecho” científico. Pero todos estos métodos de representar la realidad social han resultado aceptables por igual para públicos legos y científicos, cuyos miembros han aprendido a aceptar, ignorar o tener en cuenta los efectos indeseados de los elementos comunicativos usuales.

Dichos elementos exhiben las características que suelen encontrarse en las investigaciones acerca del mundo del arte. Posibilitan la comunicación eficiente de hechos e ideas por medio de la creación de un sistema de convenciones compartido por todos aquellos que necesitan hacer uso del material. Al mismo tiempo, limitan las libertades del productor, porque todo sistema de traducción facilita la expresión de determinados

contenidos y a la vez dificulta la de otros. Por tomar un ejemplo contemporáneo, las ciencias sociales acostumbran representar la discriminación vinculada a la raza y el género en los ascensos laborales por medio de una ecuación de regresión múltiple, una técnica estándar de la estadística cuyos resultados muestran qué parte de la variación en los ascensos entre los subgrupos de una población se debe a los efectos independientes de variables aisladas como la raza, el género, la educación y la edad avanzada. Sin embargo, según demuestran Charles Ragin, Susan Meyer y Kriss Drass (1984), este modo de representar la discriminación no da respuesta a las preguntas que se plantean los sociólogos interesados en los procesos generales de una sociedad o los tribunales de justicia que deben decidir si se violó o no una ley contra la discriminación racial. Los resultados de la regresión múltiple nada dicen acerca del modo en que las oportunidades de ascenso laboral de un joven blanco difieren de las de una mujer adulta de color; sólo pueden establecer la incidencia que tienen en dicha ecuación variables como la edad o el género, algo completamente distinto. Por eso, Ragin, Meyer y Drass proponen la adopción de otro elemento estadístico estándar: el algoritmo booleano (los detalles al respecto pueden consultarse también en Becker, 1998: 183-194), que representa la discriminación como las diferencias de oportunidades de ascenso que afectan a una persona con una determinada combinación de atributos, en contraste con la media para la población general. Es *esto* lo que los sociólogos y los tribunales quieren saber. (Véanse argumentos relacionados y complementarios a esta postura en Lieberman, 1985.)

Algunas de las restricciones sobre aquello que una determinada representación puede transmitir se derivan del modo en que se organiza la actividad representacional. Los presupuestos determinados por las organizaciones –no sólo en términos de dinero, sino también de tiempo y dedicación– limitan las posibilidades de los medios y formatos. Los libros y las películas son tan extensos como sus productores puedan darse el lujo de construirlos y los usuarios estén dispuestos a prestar atención. Si los productores contaran con más dinero y los usuarios estuvieran dispuestos a permanecer en sus asientos, cualquier etnografía podría contener todas las notas de campo tomadas por el antropólogo y un detalle de cada paso del proceso analítico; es un sistema que Clyde Kluckhohn (1945) considera el único modo adecuado de publicar materiales de historia de vida. Es posible ofrecer todos estos elementos, pero no al valor en tiempo ni dinero que la gran mayoría de los usuarios está dispuesta a pagar.

### LA ORGANIZACIÓN

Para facilitar la comprensión de los usuarios, es preciso organizar los elementos que componen la situación, los hechos descriptos por la representación (una vez que han sido seleccionados y traducidos) y su posterior interpretación en un determinado orden. Este orden que se asigna a los elementos es *arbitrario* –siempre podría haber sido otro–, pero está *determinado*, al igual que la selección de elementos, por los modos habituales de proceder. Comunica nociones como la de causalidad, que contribuye a que los espectadores asignen un determinado sentido al orden en que una serie de fotografías se dispone en las paredes de una galería o entre las páginas de un libro (las primeras imágenes son interpretadas como las “condiciones” responsables de producir las “consecuencias” representadas en las que siguen). Cuando cuento una historia –ya sea personal, histórica o sociológica–, los oyentes interpretan los primeros elementos como “explicaciones” de los que vendrán luego; así, las acciones de un personaje en un episodio se convierten en los indicios de una personalidad destinada a revelarse por completo en los siguientes. Quienes trabajan con tablas y gráficos estadísticos muestran una sensibilidad particular a los efectos que la organización de los elementos tiene sobre su interpretación.

Ningún productor de representaciones sociales puede ignorar esta cuestión, en la medida en que, según se han encargado de demostrar varios estudios, los usuarios tienden a encontrar orden y lógica aun en distribuciones totalmente aleatorias. Las personas encuentran una lógica en la organización de las fotografías, haya sido o no la intención del fotógrafo, del mismo modo que las distintas tipografías les resultan “frívolas”, “serias” o “científicas”, independientemente del contenido del texto. Las ciencias sociales y la metodología de las ciencias no han tratado aún este tema con la seriedad que merece; qué hacer al respecto es una de esas cosas que se transmiten como un legado profesional (sin embargo, Edward Tufte, 1983, 1990 presta gran atención al modo en que los elementos gráficos y tipográficos, y también la organización de los datos, afectan la interpretación de los resultados estadísticos).

### LA INTERPRETACIÓN

Las representaciones sólo cobran existencia plena cuando alguien las utiliza, las lee, las mira u oye, completando así su propósito comunicacional, lo que supone que ese alguien interprete los resultados y construya por cuenta propia una determinada realidad a partir de lo que el



productor le ofrece. El mapa vial existe cuando se lo usa para ir de una ciudad a otra; las novelas de Dickens, cuando alguien las lee e imagina la Inglaterra victoriana; una tabla estadística, cuando se la observa y se evalúan las proposiciones que de ella se desprenden. Todas estas cosas sólo alcanzan su verdadero potencial cuando se las usa.

Por lo tanto, aquello que los usuarios saben hacer en materia de interpretación limita de manera fundamental el alcance de las representaciones. Los usuarios deben conocer y ser capaces de utilizar los elementos y formatos convencionales del medio y del género. Sus productores no pueden dar por sentada la existencia de dicho conocimiento y la capacidad consiguiente. Algunas investigaciones históricas (por ejemplo, Cohen, 1982) han demostrado que hasta bien entrado el siglo XIX la mayor parte de los habitantes de los Estados Unidos carecían de los conocimientos matemáticos básicos necesarios para entender y emplear las operaciones aritméticas sencillas. La investigación antropológica demuestra que aquello que críticos literarios como Roland Barthes y Susan Sontag han considerado el atractivo universal de la impresión de realidad, encarnado en las fotografías y el cine, es –por el contrario– una facultad adquirida. Los campos profesionalizados suponen que la educación formal convertirá a sus usuarios en consumidores de representaciones diestros, aunque de vez en cuando varíe lo que hace falta saber para interpretarlas. Los departamentos de posgrado en sociología esperan que sus estudiantes adquieran cierta sofisticación estadística (por lo que se entiende, en parte, “la capacidad de leer fórmulas y tablas”), pero en muy pocos casos se espera que sepan mucho acerca del uso de modelos matemáticos.

Al interpretar las representaciones, los usuarios buscan en ellas respuestas a dos grandes clases de preguntas. Por un lado, está el problema de “los hechos”: qué sucedió en la batalla de Bull Run, dónde se ubican los asentamientos informales de la ciudad de Los Ángeles, cuál es el ingreso medio de los trabajadores ejecutivos que viven en los suburbios, cuál era la correlación entre la raza, los ingresos y la educación en los Estados Unidos en 1980 y qué “siente” un astronauta. Las respuestas a este tipo de pregunta, sin importar el grado de especificidad con que se las plantee, permiten a las personas decidir cursos de acción. Por otra parte, los usuarios también se plantean preguntas morales: no sólo cuál pueda ser la correlación entre raza, educación e ingresos, sino también a qué se debe, quién es el responsable y qué hay que hacer al respecto. Les interesa saber si la guerra civil estadounidense, en cuyo marco tuvo lugar la batalla de Bull Run, fue “necesaria” o podría haberse evitado,

si el astronauta John Glenn era el tipo de hombre que merecía llegar a la presidencia y otras cuestiones por el estilo. Aun a primera vista, casi cualquier pregunta fáctica acerca de la sociedad implica una fuerte dimensión moral, lo que permite entender los terribles combates librados en más de una oportunidad por lo que podrían parecer meros detalles de interpretación técnica. Los errores estadísticos cometidos por Arthur Jensen en su análisis de los test estandarizados de inteligencia provocaron descontento en personas que no eran profesionales de la estadística.

### LOS PRODUCTORES Y LOS USUARIOS

Toda persona actúa como usuaria y productora de representaciones, cuenta historias y las escucha, plantea análisis causales y los lee. Como en cualquier otra relación de servicio, suele advertirse una diferencia considerable entre los intereses de los productores y los usuarios, sobre todo en aquellos casos en que, como es habitual, los productores son profesionales para quienes la confección de representaciones es una ocupación profesional, paga, mientras que los usuarios son aficionados que las usan de manera esporádica, habitual y sin supervisión (véase el análisis clásico de situaciones de rutina y emergencia en Hughes, 1984: 316-325). Los mundos representacionales varían según el conjunto de intereses que predomine en cada uno de ellos.

En los mundos dominados por los productores, las representaciones adoptan forma de *argumento*, una presentación que se limita a exhibir los materiales necesarios para esbozar la cuestión que el productor desea plantear y nada más (distintos trabajos de investigación acerca de la retórica de la escritura científica, como los ya mencionados, sustentan esta observación). En un mundo profesionalizado, los productores controlan las circunstancias de la elaboración de representaciones, por los motivos que Hughes señala: lo que para la mayoría de los usuarios cae fuera de lo común acerca de estos resultados es exactamente lo que sus productores hacen todo el día. Incluso si el trabajo involucra a otras personas con cierto poder, los profesionales saben tanto acerca de los modos en que es posible manipular el proceso que esto les permite mantener la situación bajo su control. Tal vez ciertos usuarios poderosos, después de subsidiar la elaboración de representaciones durante un largo período de tiempo, lleguen a adquirir el conocimiento necesario para superar esta barrera, pero esto muy pocas veces ocurre con los usuarios casuales. Así, las repre-

sentaciones de elaboración profesional se amoldan a las elecciones y los intereses de sus productores y, de manera indirecta, de las personas que tienen la capacidad económica de contratarlos; por eso, un mapa de calles puede abstenerse de indicar las colinas, sin importar lo mucho que esta información pueda interesar a los peatones.

Por su parte, los miembros de los mundos dominados por los usuarios emplean las representaciones como *archivos*, documentos en que es posible buscar las respuestas a todas las preguntas que puede formularse cualquier usuario competente e información apta para cualquier uso que de ella quiera hacerse. Pensemos en la diferencia entre el mapa de calles que podemos conseguir en cualquier negocio y el plano detallado, con anotaciones, que *alguien* dibuja en un papel para indicarle a otra persona cómo llegar a *su casa*, teniendo en cuenta el tiempo del que esa persona dispone para completar el trayecto, su posible interés en disfrutar de ciertas vistas de la ciudad e incluso su aversión por las congestiones de tránsito. Las representaciones no profesionales por lo general son más localizadas y atentas a los deseos de sus usuarios que las profesionales. Del mismo modo, las fotografías que toma un aficionado satisfacen su necesidad de contar con documentos aptos para su exhibición ante un círculo de íntimos que conocen a todas las personas retratadas, mientras que las imágenes producidas por los periodistas, los artistas y los profesionales de las ciencias, según los estándares de sus respectivas comunidades profesionales, tienen el propósito de complacer a sus colegas profesionales y a otros espectadores altamente entrenados (Bourdieu, 1990).

Algunos artefactos parecen ser *básicamente* archivos. Después de todo, no se piensa en un mapa más que como un mero depósito de hechos geográficos y de otro tipo que los usuarios pueden consultar según sus propias necesidades. De hecho, existen diversas maneras de confeccionar mapas, ninguna de las cuales supone una mera traducción de la realidad, por lo que cada uno resulta, en un sentido fundamental, un argumento diseñado para persuadir a sus usuarios de algo, incluso para que lo consideren algo dado. Por eso, algunos pueblos que permanecieron mucho tiempo silenciados plantearon que los mapas que dominan el pensamiento mundial son “eurocéntricos”, porque se los traza a partir de decisiones tendientes a ubicar de manera arbitraria a Europa y los Estados Unidos en el centro del mundo. Podemos afirmar que estos mapas encarnan el argumento de que Europa y los Estados Unidos son “más importantes” que los lugares desplazados hacia los bordes del mapa.

En realidad, los argumentos y los archivos no son objetos distintos sino, antes bien, usos distintos; no son cosas sino modos de hacer. Esto

resulta claro al advertir que los usuarios no son impotentes y que, de hecho, a menudo rehacen los productos que se les ofrecen para satisfacer sus propios deseos y necesidades. Los profesionales de los distintos campos del saber se han acostumbrado a ignorar los argumentos planteados por las comunicaciones académicas que citan y a revolver la bibliografía en busca de resultados que puedan emplear en función de *sus* propósitos. Es decir: no utilizan la bibliografía científica como un cuerpo de argumentos con la intención que le dieran sus productores, sino como un archivo de resultados que les permite responder preguntas que jamás estuvieron en el horizonte de los autores originales. Este uso rebelde de los productos culturales fue estudiado en otras áreas, como por ejemplo la sociología de la tecnología (Oudshoorn y Pinch, 2003), algunos usos inventivos de los juegos digitales y otros fenómenos de internet (Karaganis, 2007) y los estudios culturales. Constance Penley (1997) describe el modo en que un grupo considerable de mujeres heterosexuales de clase trabajadora supieron apropiarse de los personajes de *Viaje a las estrellas* para su propio trabajo creativo: un imaginario erótico homosexual planteado a partir de los protagonistas (la pareja favorita era la conformada por el Capitán Kirk y Mister Spock) y luego distribuido por internet. En todos los casos, las usuarias reelaboraron de manera minuciosa algo que los productores originales habían hecho como forma de comunicación unidireccional y lo descompusieron en una serie de materiales básicos que les permitieron gestar sus propias construcciones, en virtud de sus propios objetivos y necesidades de uso. En este sentido, los usuarios siempre tienen la posibilidad de rehacer las representaciones.

### ¿Y ENTONCES?

Lo que acabo de explicar implica una visión relativista del conocimiento, al menos en el siguiente sentido: el modo en que se plantean las preguntas y el modo en que se encuadran las respuestas vienen en una gran variedad de sabores –dan fe de ello los distintos ejemplos citados–, y no hay ninguna garantía de que alguno de ellos sea el mejor, porque todos sirven para transmitir algo. Una realidad puede describirse de muchas maneras, en tanto las descripciones pueden ser respuestas a una gran multiplicidad de preguntas. En principio, podemos estar de acuerdo en que los distintos procedimientos deberían dar la misma respuesta a una pregunta, pero de hecho sólo hacemos la misma pregunta cuando las

circunstancias de la interacción y la organización social han producido determinado consenso respecto de qué es una “buena pregunta”. Esto no ocurre con mucha frecuencia, sino sólo cuando las condiciones de la vida de las personas las llevan a considerar que determinadas cuestiones constituyen problemas comunes, exigen la utilización habitual de ciertos tipos de representaciones de la realidad social, y esto conduce al desarrollo de profesiones y habilidades capaces de producir dichas representaciones para su uso habitual.

Entonces, algunas preguntas se plantean y responden mientras que otras, igualmente buenas, interesantes, valiosas e incluso de relevancia científica son ignoradas, al menos hasta que una sociedad cambia lo suficiente como para que las personas que necesitan respuestas organicen los recursos que les permitan encontrarlas. Hasta que eso ocurra, los peatones seguirán sorprendiéndose al encontrarse con las colinas de San Francisco.